

ct

Zeppelin

de
Cristina Clemente

(fragmento)

MARC

Desde el banquillo veo jugar a Thomas, y yo juego con él desde el banquillo. Con un gesto pequeño y casi imperceptible, dibujo con la bota la jugada como yo la imagino. Levanto la pelota, la paso, la paro. Con las manos y también de manera imperceptible, saco la pelota desde la banda. Incluso me cabreo cuando algún jugador me la quita. Cuando ideo una jugada espectacular, cuando soy capaz de driblar hasta tres jugadores seguidos, retransmito el partido. Narro con todo detalle, y en voz baja, todo lo que voy imaginando: *(como un locutor:)* Cristian con la pelota, se la pasa a Frank, Frank para Lluís...

LOCUTORA

...Lluís prueba un pase largo hacia Thomas/

MARC

que la controla con el pecho/

LOCUTORA

Detalle de calidad de Thomas/

ENRIC

¡Oh!/

MARC

que gira sobre su eje/

LOCUTORA

Atraviesa la línea de medios/

MARC

Dribla a un jugador, a/ dos

ENRIC

Uy, uy / uy,

LOCUTORA

Triangula con Frank, que se la devuelve a Thomas/

MARC

Este hombre es un espectáculo, un auténtico espectáculo/

LOCUTORA

Hace una pared con Frank, otra vez/

MARC

Thomas está solo frente al portero/

LOCUTORA

Chuta con el interior del pie/derecho...

ENRIC

Ay, ay/ ay...

MARC + ENRIC+ LOCUTORA

Gol, gol, gol, gol

LOCUTORA

¡Gooooooooooooooooooooo! Ha marcado Thomas, ha marcado Thomas...

MARC

Como si yo fuera el autor del gol, imagino que corro hacia el banderín de córner. Y me levanto la camiseta. Todos me aplauden. Y los compañeros vienen hacia mí. Yo los abrazo, y Thomas me levanta a caballito mientras miro a mis padres y les tiro un beso. Me imagino también la portada de los periódicos de mañana y Ariadna Pedregosa diciendo...

LOCUTORA

No se puede explicar con palabras, no hay palabras para definir lo que acaba de hacer este hombre, señores, y es que el talento tiene un nombre...

MARC

(Soñador.) Y este nombre es Marc...

LOCUTORA

Y este nombre es Thomas... *(Pausa.)* Miquel, ¿podríamos repasar la jugada del gol, cuántos jugadores han tocado el esférico hasta que ha llegado al fondo de la red?

ENRIC

¡Bien, bien, bien, vamos bien!

LOCUTORA

Corro hacia el cristal, tengo seis o siete segundos, busco a Kiko con la mirada. El gol nos acerca. Nos miramos y sonreímos, nos ponemos nerviosos, muy nerviosos, y casi a la vez apartamos la mirada.

ENRIC

¿Qué diferencia, no?

HANS

¿Qué?

ENRIC

Cuando jugamos por los laterales creamos más ocasiones, ¿sí o no?

HANS

Sí. Sí. *(Pausa.)* Tengo que estar atento. Si quiero parecer uno más tengo que estar atento. Me fijo, miro a los jugadores, observo la pelota. Intento seguir la misa, y entonces le suelto al viejo una frase de las buenas, la he escuchado, es una de esas frases que quedan de puta madre: *Necesitamos profundidad. Pases en profundidad.*

ENRIC

(Por el partido.) ¡Eso, eso, eso, hay que controlar! Ojo, ojo, ojo...

LOCUTORA

Pelota al área, atención con Jeremy /

HANS

¡Uy! /

LOCUTORA

Pitart rechaza el esférico pero lo envía directamente a los pies de Kirs, que controla... cae al suelo... y el árbitro corre hacia el punto / de...

ENRIC

¿Pero qué pita este loco? ¡Borracho!

HANS

¡Borracho! Grito “¡Borracho!”, pero no sé a quién...

LOCUTORA

¡No es posible! ¡No es creíble...! No tiene vergüenza... ¿Qué ha pitado este hombre?

ENRIC

¿Penalti? *(a Hans.)* ¿Estaba fuera del área, no?

HANS

Sí, sí....

ENRIC

Juraría que sí.

LOCUTORA

Hacia años que no veía algo así, años, no tiene nombre, esto no tiene nombre... lamentable, patético, insólito. Esta es la palabra: INSÓLITO. Estas imágenes /...

ENRIC

Darán la vuelta al mundo, lo dice Ariadna. Es escandaloso... el Menéndez Barros este...

HANS

(Serio.) Será otra imagen la que dé la vuelta al mundo.

LOCUTORA

Munks chutará la pena máxima. Pitart bajo palos... Munks y Pitart se miran...

MARC

Es gol seguro...

HANS

Si marcan, diré (*ensayando, de maneras diferentes*) ¡Hijo de puta! No... ¡Hijo de puuuta! ¡Hijo de puta!

LOCUTORA

Menéndez Barros pita... Munks corre hacia la pelota... (*Con desánimo.*) GOL.

ENRIC

¡Venga, hombre!

MARC

¡A la mierda!

HANS

¡Hijo de puta!

HANS

¡Menuda estafa!

LOCUTORA

Los ingleses han igualado la eliminatoria, injustamente, pero la han igualado. El empate sube al marcador... Encuadro a Kiko, él me mira y hace un (*hace un sonido con la boca*) No es justo, nuestra final... quiero decirle que no pasa nada, que todo se arreglará... esperemos que se cumpla aquello de que... el tiempo tarde o temprano pone las cosas en su sitio.

HANS

Miro al árbitro. Otro que se cree Dios. Basta de dioses. Y los de la banderilla, los ayudantes, los ayudantes del dios, como se llaman los que ayudan a un dios...

ENRIC

No hay derecho, hombre...

HANS

¡Apóstoles. Sus apóstoles!

LOCUTORA

Pase en corto a Tony, que se la pasa a Frank. Intenta superar al adversario, puede hacerlo, centra hacia Thomas, Thomas va a llegar...

ENRIC

Esta es buena, esta es buena...

LOCUTORA

Thomas en el área...

ENRIC

Chuta, chuta, chuta...

ENRIC HANS MARC LOCUTORA
¡Hostia! ¡La puta que lo parió! ¡Uala! ¡Ostras!

ENRIC
¡Eso es tarjeta!

LOCUTORA
Entrada durísima a Thomas...

MARC
Thomas está tendido en el suelo...

LOCUTORA
Saltan al campo los servicios médicos.

MARC
Se ha hecho daño. Se ha hecho daño. Una especie de cosquilleo me recorre el estómago. Thomas...

LOCUTORA
No podrá continuar.

ENRIC
Nos hemos quedado sin Thomas...

HANS
Thomas. No sé quién tenía a Thomas. Escribo un mensaje a mis colegas: *¿a quién le ha tocado Thomas? Se lo han cargado antes de tiempo.*

LOCUTORA
Las imágenes que nos ofrece la televisión ponen la piel de gallina... se ve perfectamente como el defensa inglés pisa el talón de Thomas y como éste queda totalmente doblado...

HANS
Mensaje de Pol: A mí no, a mí me toca Jeremy.

ENRIC
¿Pero no pita nada?

LOCUTORA
Error muy grave del árbitro. El penalti es clarísimo, tendría que haber sido sancionado, y la entrada es de tarjeta. Este árbitro está tomando decisiones que pueden traer muchas consecuencias. Está jugando con la ilusión de miles y miles de aficionados...

HANS
Mensaje de Jan: Me ha tocado a mí. ¿Qué hago si lo cambian?

MARC

¡Que salga ese!, dice el míster, como si no le quedara más remedio. Pero me da igual, porque ahora le demostraré que lo puedo hacer, que soy capaz. Salgo yo. El ayudante se acerca a mí y me dice que salga. Tiemblo. Todo el cuerpo me tiembla.

HANS

Le respondo: HAZ LO QUE QUIERAS.

MARC

Salgo del banquillo y miro al míster. Él sigue sin mirarme, mira a Thomas, todavía tendido en el suelo. ¡Mierda! La pulsera, tengo que hacer algo con la pulsera. Me la guardo en el calcetín. Me quito el chándal, y empiezo a calentar.

LOCUTORA

El míster opta por una de las pocas soluciones que le quedan: Marc. El chico del filial que no debutó con demasiada suerte, por decirlo de alguna manera, en el partido que supuso la eliminación / de....

MARC

¡MIERDA! Me viene a la cabeza el otro partido. Todos lo recordarán. Mi madre dice que la gente se olvida rápido de estas cosas, que si hoy lo hago bien y me concentro, la gente lo recordará. Los tobillos. Caliento los tobillos, pero me llaman. Voy corriendo. Tengo que salir ya.

LOCUTORA

El colegiado Menéndez Barros se ha equivocado. Se ha equivocado, y mucho. Estoy viendo las imágenes por televisión y esta jugada es clarísimamente de tarjeta, es de manual. Lamentable arbitraje de Menéndez Barros.

ENRIC

¡Coño con el árbitro! Dice la Pedregosa que es tarjeta clarísima. ¡No hay derecho, hombre!

LOCUTORA

Pañuelos blancos en el estadio.

HANS

¡Qué guapo!

LOCUTORA

El público protesta y con razón. Si no vamos a Copenhague será porque un tal Menéndez Barros se ha propuesto que no vayamos.

MARC

No le puedo hacer eso que había pensado en la cabeza de Thomas. Eso de *(lo hace)*, porque Thomas sale del campo en la litera. Muestro las botas al encargado de campo, así, mis botas negras. *(Tira los pies hacia atrás.)* Me gusta hacerlo.

LOCUTORA

Miquel, ¿Tenemos algún dato sobre el alcance de la lesión de Thomas?

ENRIC

¡Venga, hombre, venga! (*A Hans.*)

HANS

¡A la mierda, hombre, a la mierda! Esta es buena: ¡*A la mierda, hombre, a la mierda!*

MARC

No me gritan a mí. Gritan al árbitro. No me gritan a mí.

ENRIC

Este *tío* es demasiado previsible...

HANS

¿previsible?

ENRIC

Se le ve el plumero...

HANS

Sí, quizá sí. Se le ve el plumero... sí., sí...

ENRIC

Quiero continuar la conversación pero no puedo.

HANS

Previsible. ¿Y qué no es previsible aquí? Nosotros. El resto, todo previsible. Once tíos que cobran un montón de pasta chutando una pelota... ellos corren, la gente grita... todo es previsible...

MARC

Salgo al terreno de juego. ¡Estoy en el campo! ¡Estoy en el campo!

ENRIC

Una especie de latigazo me recorre el cuerpo. Y la única cosa que puedo hacer es callar y aguantar la respiración. Siento dolor, mucho dolor y me espanto.

MARC

Miro el reloj, casi no queda tiempo.

LOCUTORA

Marc, con el número 21, substituye a Thomas.

ENRIC

¿Qué me está pasando?

MARC

Me gustaría decirle a mi madre que no me gritan a mí. Que no sufra. Pero es imposible. Me imagino su cara, seguro que tiene ganas de llorar. Ahora les haré callar, madre, no sufras. Demostraré lo que soy capaz de hacer.

ENRIC

No me puedo mover. No quiero pensarlo, pero no lo puedo evitar: después de Mane, me toca a mí.

LOCUTORA

El árbitro va a pitar el final de la primera parte de un momento a otro, no habrá tiempo para mucho más... De repente llaman a la puerta. Esto va a acabar en tablas... Es la becaria de no sé qué emisora... El empate a uno no es del todo malo pero en cualquier caso no es un resultado justo. Kiko se levanta y corre hacia ella. Munks sacará de banda. Y ella, casi gritando, dice: "Si ganamos voy a Copenhague" y él da un salto. ¡Da un salto! El árbitro mira el cronómetro. El técnico miserable salta frente a la pobre becaria porque irá a Copenhague. Quien esté viendo el partido pensará que el resultado no está mal, pero ya les decimos desde aquí que no es justo.

ENRIC

Me espero, teóricamente ahora toda mi vida tiene que pasar por mi cabeza. Dicen que es lo que pasa antes de morir...

MARC

No tengo tiempo ni de tocar la pelota...

ENRIC

Pero la vida no me pasa por delante, no veo mi infancia, ni a mi madre, ni a mi primer maestro de escuela, ni aquel gol que metió Prats en el 63.

HANS

Miro el reloj, falta poco para la media parte.

ENRIC

El dolor me pasa de repente, pero noto una sensación extraña... No. No me estoy muriendo. Ya sé lo que me está pasando. Vaya si lo sé...

HANS

Me levanto para comprar un frankfurt pero entonces, en medio del cielo, lo veo. Ya está aquí. HAZ LO QUE QUIERAS.

MEDIA PARTE

VENDEDORA DE FRANKFURTS

Tengo los 57 frankfurts preparados, hoy he hecho 57. Todos en fila frente a la plancha, para que no se enfríen. Caliento muñecas, tobillos y respiro hondo (*lo hace*). El peligro es inminente. Hay que estar preparado. Escucho el silbido del árbitro. Tiemblo. Me entra el miedo. Pero es un miedo... que me excita. El miedo de cuando estás subido al Dragón Khan y estás a punto de poner todo tu cuerpo patas arriba, el miedo de cuando ves una película de terror y te tapas los ojos y miras entre los dedos, el miedo de cuando te encuentras un... (*Se para de repente.*)

Ya están aquí. Ya veo al primero. Vienen directos, como gatos callejeros que hace días que no ven una espina, como buitres que han visto un trozo de cebra perdida en medio de la sabana. Yo soy el trozo de cebra. (*Pausa.*) Diviso el primer buitre, de lejos, se acerca caminando. Después veo a otro. Son los dos primeros, pero sé que tras ellos vendrán muchos más. Estos anuncian la llegada de la ola migratoria; los demás son la ola migratoria. Manadas de buitres. Tantos como canguros hay en Australia.

(*Acelera poco a poco.*) El primero camina, pero acelera su paso cuando ve al segundo. El segundo acelera todavía más cuando ve que el primero ha acelerado, y aún se les añade un tercero, que al ver que el primero y el segundo aceleran, empieza a correr pero haciendo como que solo camina rápido. Es una especie de marcha atlética con trampa. Después, un cuarto, que ha visto al primero y al segundo y al tercero, deja a un lado los escrúpulos y echa a correr deliberadamente. No corretea: corre. Quizá incluso se ha puesto a cuatro patas antes de empezar para tomar impulso. Da pasos grandes y con los brazos se deshace de sus contrincantes. No tiene ningún tipo de pudor en mostrar al mundo que tiene prisa. Es un Karl Lewis que se distancia del pelotón y que en llegar a la barra de mi puesto alza los brazos como si estuviera cortando la cinta de meta y con la boca llena del dióxido de carbono que expulsan sus pulmones, me dice: “un frankfurt, unas patatas y, y, y...”. No, chaval, no. En primer lugar: lo que no quieras para tus pulmones, no lo quieras para mí. Guarda este aliento que estás tirando sobre mis frankfurts en tu boca. Y, en segundo lugar, tengo aquí un cartel donde pone: “Antes de pedir, escojan la bebida”. Y tú todavía estás pensando qué bebida quieres y en cambio ya has pedido. Pero no le digo nada de esto. No estoy para perder el tiempo: en 15 minutos tengo que vender 57 frankfurts y una discusión con el primer cliente podría suponer una pérdida importante de beneficios. Empiezo a envolver el Frankfurt en una servilleta y a servir las patatas en la cajita de cartón mientras deseo con todas mis fuerzas que anuncie qué bebida quiere. Se comporta. Antes de que le dé las patatas ya me ha pedido una cerveza. Había un alto porcentaje de posibilidades que me pidiera cerveza. El 80% de los clientes hombres quiere cerveza. Con una mano le sirvo la cerveza, y con la otra, en la misma fracción de tiempo, cojo el dinero que ya tiene preparado. Pongo el dinero en la caja mientras saco el cambio y escucho la petición del siguiente buitre. Y entonces me digo: “Ole, nena, ole”. Me encanta, me encanta mi capacidad de optimizar el tiempo, me enamoro de mí misma.

El siguiente buitre tiene peligro añadido. Viene con una cría. En pocos segundos veo que la cría está domesticada. El buitre padre pide con rapidez dos frankfurts, unas patatas, una coca-cola y un zumo de melocotón. Mientras envuelvo los frankfurts le comento que no tengo zumo pero que puede ir a un puesto situado en el gol norte, que allí sí que tienen. Me mira con cara de extrañado y me pide una Fanta naranja sin preguntarle a la cría. La cría no protesta, no grita, no llora, no hace guarrerías, por eso mientras le devuelvo el cambio con una mano, con la otra cojo un chupa-chups que tengo y

se lo doy. Mi sorpresa viene cuando veo que el padre empieza a beberse y a Fanta y que el mocoso se bebe la coca-cola mientras le dice al padre: “¿quieres esta mariconada?”, enseñándole el chupachups que le acabo de dar. Le saco la lengua al mocoso mientras envuelvo otro Frankfurt. Este buitre también quiere patatas. Me voy a quedar sin patatas, lo intuyo. En previsión, aunque aún me quedan unas 25 raciones de patatas, pongo más en la freidora, mientras doy un cachete en la mano de un chavalín que está poniendo grandes cantidades de mi Ketchup en un bocadillo que se ha traído de casa. El papel de aluminio le delata. Huye. Huye como las jirafas huyen frente a un majestuoso tigre de bengala. Las patatas tardan ocho minutos en hacerse, y mientras voy sirviendo me doy cuenta de que la clientela de hoy es patatera. Tendré que activar el “Plan de emergencia del día patatero”. Amontono las patatas poco hechas al lado de las hechas. Tengo dos montones: patatas hechas y patatas no hechas. Y entonces empieza el trabajo de investigación: un buitre me pide Frankfurt, patatas y coca-cola. Mientras le sirvo el Frankfurt, con los ojos entornados (*mira de reajo*) hago un rápido análisis del cliente. Es fácil. Este es un abonado al club, viene cada fin de semana. Entonces le sirvo las patatas bien hechas. Si es socio abonado y viene cada semana, servirle patatas poco hechas puede significar la pérdida de un cliente. Y no me lo puedo permitir. Marketing, a eso le llamo yo marketing. *Abuelo-de-setenta-años-solo-y-con-cojín-en-mano*. No hay duda. Un mamífero fácil de reconocer, de la familia de los socios. Los próximos clientes tampoco son difíciles de clasificar. Especie conocida: grupo de treintañeros contentos pese al resultado. Estos son no socios, de la especie: *Hoy-hacemos-una-cosa-especial-aunque-no-te-guste-el-fútbol-en-el-campo-es-diferente*. Aunque no aparecen demasiadas especies poco conocidas ni en peligro de extinción, estoy haciendo un gran trabajo: mi astucia, mi gracia, mi talento, consiste en identificarlas en las milésimas de segundo que tardo en envolverles el Frankfurt, valiéndome solo de mi gimnasia ocular. Sirvo las patatas totalmente de espaldas a ellos, sin que vean de qué montón las cojo y sin dudar ni un momento frente a los dos montones. La más mínima duda por mi parte frente a las patatas podría suponer la pregunta letal: “¿Por qué no me pone de las otras?” Y eso sería terrible. Los buitres actúan en manada en situación de riesgo, y se lo dirían unos a otros y... (*Cambio.*) Tres minutos, tres minutos para finalizar la media parte. Último sprint. Tres minutos y me quedan... cuento los frankfurts que me quedan en la plancha mientras analizo un cliente, mientras envuelvo otro Frankfurt y mientras respondo a una mujer que desde el final de la cola me pregunta si hago bikinis. “¡Bikinis no, chata!” Soy una crack, esto ya es demasiado: estoy haciendo seis actividades a la vez, soy buena, soy muy buena. Aún podría limpiar con el pie izquierdo el aceite que ha caído al suelo. La próxima semana lo intentaré. Me quedan por vender 15 frankfurts: a diez segundos por Frankfurt, voy bien, voy sobre la ratio establecida. (*Pausa.*) 50 euros. Veo un billete de 50 euros. Miro en la caja. No es posible, no tengo bastante cambio. Eso me hará perder 30 segundos, que es el tiempo que necesito para ir hasta el tío que vende bufandas para pedirle cambio. 30 segundos son tres frankfurts. Y que tenga cambio... si no lo tiene habré perdido los 30 segundos sin solucionar el problema. Valoro la opción dos: regalarle el Frankfurt. Me sale más a cuenta regalarle el Frankfurt que perder la venta de tres frankfurts, hay dos frankfurts de diferencia. Pero esto conlleva un peligro: estos son muy vivos, y la semana que viene tendría un montón de buitres con billetes de 50 para ver si pueden llevarse el Frankfurt gratis. No. Solo me queda la opción tres. Lo que yo llamo sudoku-cambio. Tomo esta decisión. Es la mejor aunque implique un nivel más alto de dificultad. Pero estoy preparada. Le pido el cliente siguiente que me pague el Frankfurt que aún no le he servido, y como aún no tengo suficiente dinero para devolverle el cambio al primero, opto por cobrar al siguiente cliente los frankfurts que tampoco le he servido, y todavía implico a un tercero. Con la suma del primer, el segundo y el tercero sumo la cantidad suficiente para devolver el cambio de los 50 euros. Lo hago. Ahora solo me falta darle el cambio a los otros tres clientes, la caja no tiene monedas y empiezo el efecto cadena: ficho a un nuevo cliente inversor, que me paga

los frankfurts que todavía le he servido, y con este dinero devuelvo el cambio de la primera tanda de cambios, y ficho a un nuevo cliente inversor que me sirve para pagar al segundo cliente de la primera tanda, y a un tercer que me sirve para pagar el tercer cliente de la primera tanda de cambios, y así sucesivamente hasta llegar a los 15 clientes que me quedan para servirles el Frankfurt. Acabo cuadrando cuentas. Reconozco que con los dos últimos he tendido que recurrir a movimientos extraños. Tú me das esto, y te doy esto, él te devuelve esto, y me quedan a deber veinte céntimos, pero no pasa nada, ya me lo daréis cuando volváis. Pero es mentira. ES al cliente número dos al que le faltan 33,33 periodo euros. Yo lo sé, pero a él le he despistado por el camino. Me quedan dos minutos, podría pensar que llevo seis frankfurts de retraso, pero no. Porque ya los tengo a todos cobrados. No he perdido el tiempo, lo he distribuido de manera diferente. Así que ahora toca hacer un nuevo plan de trabajo: en cadena. Pongo las servilletas en la barra y digo: “Con tranquilidad, id cogiendo una servilleta y los frankfurts que le corresponden a cada uno. No cojáis más de la cuenta porque dejaríais a un compañero sin Frankfurt, que están contados.” Mientras, sirvo las 15 bebidas, no tengo que recordar lo que quiere cada uno porque mediante una rápida regla de tres, y tomando como base las estadísticas, deduzco que tengo que servir 10 cervezas, 4 coca-colas, una Fanta y una agua natural sin gas. Puedo equivocarme, como mucho, de una bebida. Si me equivoco me la beberé yo. Por último, las patatas. Con un hábil golpe de pala las mezclo todas: las hechas y las poco hechas. Y sirvo sin criterio. No me gusta esta falta de rigor, pero empiezo a estar cansada. Cuando sirvo la última ración de patatas del último cliente escucho el silbato del árbitro. 57 frankfurts, 42 raciones de patatas y 59 bebidas servidas. Fin de la jornada.